

REFUGIO PEREIDA

El sur

El sur es verde y ajeno,
lleva un camaleón sobre la espalda.
En una vasija de mate Ana intenta darle de beber
la lluvia que escurre por la umbrosa
avenida que no es la suya.

¿Qué tengo en los labios, en la lengua esta noche, Ana?
Nombres garabateados con saliva,
ajadas flores de los presos. Transcribo
en pequeños papeles
el moho de lunfardo en tus oídos,
quiero hacerte todas las preguntas que París guarda
en los redondos faroles del Sena,
quiero preguntarte cuándo el vino de Italia fue más sol sobre los hermanos.
Seguramente era de mañana, seguramente escribías una mentira a tu madre
y ella hizo lo mismo, letras azules para distraer al milico.

¿Dónde está la boina, y tu libro de Borges y el novio que salió de la cárcel?
Deben estar en una fila de amigos enseñándote sus versos.

Cuesta una ciudad en miseria
decirte que Pedro era otra persona, que tienes
en tu corta cabellera un silencio aferrado como niño a un beso
y en las manos los árboles, las nevaduras
que tus hijos
sobre el lienzo
van a explotar.

Ciudad de México

A LUIS RAÚL

Queda por hacer la última litografía
en el punto infinito de los viajes.
Pongo una línea de mano sobre tu pecho,
habla un cementerio lleno de gatos.

En la zarza más oscura de tus coordenadas
un monzón juega a deshilar los museos de una ciudad vieja,
las mañanas que se han quedado lamiendo sus huesos grises,
la humedad perdida en el reír de tus dedos.

Los rumores de un papel azul pintan,
piden las sombras de tus fracturados pies,

piden las letras para construir una letanía con la que no te vayas

sin el temblor de una muchacha
desgranando de noche el maíz entre sus piernas.

Y detengas tus manos como girasoles
cuando recorran el astro de mi quebranto.

Derrumbe

A LA MIREINA

Me puse a girar en las orillas de la niebla,
de lado a lado por los vertederos
y miré a los centauros
lamer
una y otra vez el ocaso como brebaje de mandrágora.

Separé todos los encantos de las sendas en derrumbe
porque ahí estás
sin contarle historias de amor a las zorras,
destruyendo los puentes donde pudimos llamar al viento amigo
y no te diste por enterada del fuego
que traes en tus espaldas,
de las lianas rotas de tu mano a mi mano.

Qué luciérnaga ibas a capturar esa noche de otoño
que tus alas quemaron ante las rojas púas de un reptil
el iris de esta triste mujer,
qué te ofrecía el desterrado cantor de los intocables,
qué mandala vino a perderse en tu espejo,
qué te fue arrebatado para que me desarmaras tantas veces.



MARIANA MATA